

Bocetos de Komarovo

La teoría del gran hombre

Publicado por EMILIO SANCHO ANDRÉS el 29 MAYO, 2016

El fenómeno del liderazgo desde la perspectiva de los atributos especiales del líder

El enfoque de **los rasgos personales** fue el primer intento de explicación del fenómeno del liderazgo. Los primeros investigadores centraron su atención en **los atributos especiales** que acumulaban determinadas personas. De acuerdo con **Howard Gardner**, esta interpretación hace que “cuando pensamos en líderes, solemos imaginar a los gigantes políticos o militares de una época” (**‘Mentes líderes: Una anatomía del liderazgo’**). Tanto es así que, todavía a día de hoy, los grandes líderes son a los ojos del público personas con unas cualidades que los elevan por encima del ciudadano medio.

En virtud de esta perspectiva, el fenómeno del liderazgo es una realidad que aparece íntimamente interconectada con los rasgos y características especiales que adornan la figura del líder. No nos enfrentamos a una persona más, sino que la naturaleza de sus atributos lo sitúan en **una posición emergente** respecto al resto de los mortales. La singularidad de su posición viene dada por el uso privativo que hace de sus cualidades innatas, lo que le sitúa en una posición propicia para la adoración.

Es aquí donde cobra sentido la denominada **Teoría del gran hombre**, así como todo el conjunto de estudios que se aproximan a **la manifestación del liderazgo desde la óptica de sus rasgos o cualidades marginales**. Un perfil marginal por lo prodigioso y portentoso del mismo. De este modo, toda rigurosa incursión en el campo de la Historia debería transitar por

Privacidad & Cookies: este sitio usa cookies. Al continuar usando este sitio, estás de acuerdo con su uso. Para saber más, incluyendo como controlar las cookies, mira aquí: [Política de Cookies](#).

Cerrar y aceptar

la consecución de tales mudanzas históricas. En palabras de **Smith y Peterson**, “la concepción profana del liderazgo se ha centrado durante mucho tiempo en las acciones de figuras históricas importantes” (**‘Liderazgo, organizaciones y cultura: Un modelo de dirección de sucesos’**).



Este enfoque ha sido, hasta hace relativamente poco, la principal y casi exclusiva forma de arrimarse al líder político. Todavía a día de hoy es un lugar común que el líder sea definido en virtud de sus rasgos personales. El concepto de “**romance del liderazgo**“, introducido por **Meindl** a mediados de los ochenta, significa que “las personas mantienen ideas acusadamente simplistas acerca del liderazgo (...) ideas enraizadas en lo afectivo, resistentes al cambio y compartidas culturalmente”. Una explicación que viene a subrayar **la naturaleza estereotípica del líder político**, en tanto “el líder es el centro, el núcleo, lo que de verdad importa, y su figura se exalta hasta conseguir eclipsar el resto de elementos del proceso de liderazgo político”.

Uno de los más firmes defensores de esta postura fue el historiador escocés **Thomas Carlyle**, quien en **‘Los héroes’** ofrece un relato histórico a la luz de los mejores hijos de cada tiempo: **Odín, Mahoma, Dante y Shakespeare, Lutero, Knox, Johnson, Rousseau, Burns, Cromwell o Napoleón**. Estos grandes hombres, los héroes, son la piedra nuclear sobre la que se han vertebrado las grandes comunidades humanas. En palabras de Carlyle, “el hombre

verdaderamente grande es el salvador indispensable de su época, el rayo sin cuya chispa jamás hubiera ardido el combustible”, por lo que necesariamente la Historia del mundo no sea otra cosa que “la biografía de los grandes hombres”.

Charles Lindholm interpreta esta glorificación del gran hombre, bajo sus diferentes acepciones de héroe, genio o superhombre, como una “rebelión romántica contra el mecanicismo y el empirismo” imperantes en la Inglaterra industrial desde mediados del siglo XVIII en adelante (**‘Carisma: análisis del fenómeno carismático y su relación con la conducta humana y los cambios sociales’**). Así, los planteamientos de autores como **Samuel Coleridge** y **Thomas Carlyle**, tendentes a recuperar los valores heroicos y excelsos de una minoría de hombres elegidos, cabría incardinarlos dentro de esta **corriente romántica**. Frente a la primacía absoluta de la razón y la ciencia promocionada por los industriales y emergentes capitalistas londinenses, estos pensadores se escudarán en la figura del gran hombre.

El enfoque de los rasgos personales se fundamenta en la firme creencia de que no todos los hombres han sido forjados en el mismo molde. Para Carlyle, el modelo del gran hombre “nos anima a considerar la sustancia del liderazgo no como la sustancia de pobres mortales sino como la sustancia de los dioses”; **un líder “dotado de atributos mágicos”**.



EL OCASO DEL GRAN HOMBRE

Para **Antonio Natera Peral** este enfoque de los rasgos fracasó en su intento de “delimitar una lista definitiva de cualidades de los líderes, no sólo por no tener en cuenta el impacto de las distintas situaciones, sino también por la ambigüedad en la definición de los propios rasgos y en la importancia relativa que se prestaba a los mismos”. Esta suerte de obsesión por las cualidades y rasgos “puede oscurecer la presencia del contexto normativo y de creencias que éste, en último término, asume y reinterpreta” (**‘El liderazgo político en la sociedad democrática’**).

En esta misma línea, **Hemphill** advierte que no hay líderes absolutos, pues el liderazgo eficaz debe tener presentes siempre “las exigencias específicas impuestas por la naturaleza del grupo que ha de ser dirigido” (...) “para comprender el liderazgo necesitamos mucho más que aislar ciertos rasgos de la personalidad”. Además, como apunta **Delgado Fernández**, “la lista de rasgos potenciales a tener en cuenta puede llegar a ser tan larga que resultará harto difícil determinar la conexión entre un rasgo determinado y el mayor o menor éxito de un líder”.

En este punto cobra sentido la crucial pregunta que se formulaba **Andrew Roberts** en su obra **‘Hitler y Churchill: Los secretos del liderazgo’**. Tomando como referencia el siguiente pasaje de Carlyle: “No puede el hombre dar prueba más triste de su propia pequeñez que cuando desconfía de los grandes hombres”, Roberts se interroga más bien en el sentido opuesto: “Pero, ¿no es más cierto lo contrario?... **Una democracia madura debería reflexionar acerca de estos periódicos arrebatos de culto al héroe...**”.

[Gran hombre](#)[Héroe](#)[Historia](#)[Líder](#)[Leadership](#)[Liderazgo](#)[liderazgo político](#)[pensamiento político](#)[política](#)[Teoría](#)

3 Comentarios

AGREGA EL TUYO

Pingback: El poder como clave del liderazgo – Bocetos de Komarovo

Pingback: El líder político como esclavo – Bocetos de Komarovo

Pingback: El liderazgo político en contexto – Bocetos de Komarovo

Un sitio web WordPress.com.

